



¿POR QUÉ CHILE ES CHILE?

**23 ENSAYOS
DE PREMIOS
NACIONALES**



Ediciones
Cultura

INDICE

- 012 MATEO MARTINIC BEROS
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2000
- 022 GERMÁN DEL SOL GUZMÁN
PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 2006
- 028 MARIO LEYTON SOTO
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN 2005
- 032 JUAN ALFONSO ASENJO DE LEUZE
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS APLICADAS
Y TECNOLÓGICAS 2004
- 042 LAUTARO NÚÑEZ ATENCIO
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2002
- 052 FERNANDO LUND PLANTAT
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS EXACTAS 2001
- 062 MARGOT LOYOLA PALACIOS
PREMIO NACIONAL DE ARTES MUSICALES 2004
- 066 RAFAEL BENGURIA DONOSO
PREMIO NACIONAL DE CIENCIA EXACTAS 2005
- 070 MANUEL ANTONIO GARRETÓN MERINO
PREMIO NACIONAL DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES 2007
- 082 ERNESTO SCHIEFELBEIN FUENZALIDA
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS DE
LA EDUCACIÓN 2007
- 088 MIGUEL LETELIER VALDÉS
PREMIO NACIONAL DE ARTES MUSICALES 2008
- 102 MARÍA CECILIA HIDALGO TAPIA
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES 2006
- 108 CRISTIÁN VALDÉS EGUIGUREN
PREMIO NACIONAL DE ARQUITECTURA 2008
- 112 MIGUEL KIWI TICHAUER
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS EXACTAS 2007
- 122 PEDRO LABARCA PRADO
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES 2004
- 130 MARÍA OLIVIA MÖNCKEBERG PARDO
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 2009
- 142 EDUARDO CAVIERES FIGUEROA
PREMIO NACIONAL DE HISTORIA 2008
- 150 FARIDE ZERÁN CHELECH
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 2007
- 162 GUSTAVO MEZA WEBAR
PREMIO NACIONAL DE ARTES DE
LA REPRESENTACIÓN Y AUDIOVISUALES 2007
- 168 JUAN PABLO CÁRDENAS SQUELLA
PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO 2005
- 176 FERNANDO MONCKEBERG BARROS
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS APLICADAS
Y TECNOLÓGICAS 1998
- 182 NIBALDO INESTROSA CANTÍN
PREMIO NACIONAL DE CIENCIAS NATURALES 2008
- 186 FEDERICO ASSLER BROWN
PREMIO NACIONAL DE ARTES PLÁSTICAS 2009

¿POR QUÉ CH

70

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

PREMIO NACIONAL DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

MANUEL ANTONIO GARRETÓN MERINO

Sociólogo de la Pontificia Universidad Católica y doctor en Sociología en L'École des Hautes Sciences Sociales, París (Francia). Recibió el Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales en 2007.

Desde 1994 es profesor titular del Departamento Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de Universidad de Chile. Además, se ha desempeñado como docente de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad Nacional San Martín, Buenos Aires (Argentina) y de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Entre sus múltiples cargos asumidos destacan: director del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Chile, profesor, investigador y coordinador del Área de Estudios Políticos de Flacso-Chile, director del Instituto de Asuntos Públicos de la Universidad de Chile, coordinador de los Grupos de Emergencia de las Ciencias Sociales en Chile y director del Programa Político de Fundación Chile 21, además de columnista y panelista en varios semanarios y programas radiales en Chile y Argentina.

¿QUÉ ES CHILE?

P

Política, reconstrucción nacional y el país del Bicentenario

La pregunta “¿Por qué Chile es Chile?” remite a la cuestión de la identidad nacional. Hay que apartarse de una respuesta esencialista que ve la identidad como algo inmutable y casi eterno, o como resultado inevitable de factores naturales y geográficos. También de la respuesta idiosincrática que la ve como la expresión de cómo son los chilenos psicológicamente.

La identidad es un proceso de construcción histórica y que no se reduce a un elemento sino a múltiples dimensiones entre las cuales suele predominar un eje principal, que no elimina sino que articula las otras dimensiones. A mi juicio, este eje vertebrador y fuente de sentido tanto colectivo como subjetivo ha sido la política la que ha subordinado a otros elementos como el étnico, el género, la edad, la región, la economía, la cultura o la religión, que en otras sociedades definen sus respectivas identidades.

Pero no se trata de cualquier política sino de una que tiene al menos tres características: ella juega el mismo papel que en las otras sociedades latinoamericanas, por lo que nuestra identidad es inseparable de la de la región, pero a diferencia de ellas la nuestra ha sido básicamente institucional y partidaria. Durante la mayor parte del siglo XX la importancia de la política en la conformación de los actores sociales y en la definición de los grandes proyectos nacionales –lo que llevaba incluso a definir las identidades individuales a partir de la identificación político-ideológica– implicó el protagonismo de los partidos políticos –todos ellos expresivos de determinados sectores y clases sociales–, del Estado, como el principal agente de desarrollo y referente de las demandas sociales, y la existencia de una democracia estable hasta la ruptura de 1973, de amplio espectro ideológico pero de participación restringida con exclusiones sociales estructurales y períodos de exclusión político.

En el espectro partidario predominaba un centro progresista junto a una derecha conservadora o tradicional y una izquierda que junto con aspirar al cambio radical del orden económico-social respetaba activamente el sistema político. Hacia la década del

60 se produce una profundización de estas tendencias, con la ampliación y masificación de la participación política, superación parcial de las exclusiones estructurales al incorporarse campesinos y pobladores, y un proceso de radicalización ideológica que convierte al espectro partidario en uno de tres polos (derecha, centro e izquierda) sin mediaciones entre ellos. Ello no fue acompañado de transformaciones en el régimen político ni en la cultura política que favorecieran la existencia de coaliciones ni de mecanismos institucionales que aseguraran la resolución de conflictos. El gobierno de la Unidad Popular buscó la sustitución del capitalismo careciendo de las mayorías políticas para ello, lo que abrió el espacio para que los sectores de derecha opuestos a las transformaciones conspiraran para la entrada en la política de las Fuerzas Armadas a través del sangriento golpe de 1973.

La dictadura militar de 1973 a 1990 significó un intento desde el Estado y, a través de una violenta y persistente represión y violación de los Derechos Humanos, de eliminar la política y sus actores e imponer un nuevo orden social y económico. El balance final fue un retroceso radical en todos los aspectos de la vida económica, social, cultural y política. Su intento de pasar desde un régimen militar puro a un régimen autoritario civil con poder de veto militar, consagrado en la Constitución impuesta en 1980, se enfrentó a una oposición social y política que la derrotó en el plebiscito de 1988. Ello desencadenó un proceso de transición que desembocó en una democracia institucional incompleta con una trágica herencia de impunidad y permeada por poderes fácticos como los grupos económicos, los medios de comunicación concentrados y enclaves autoritarios como la Constitución heredada de la dictadura y el sistema electoral que produce un empate entre las fuerzas que la apoyaron y las fuerzas democráticas, excluyendo la diversidad política.

En los veinte años de democracia siguientes los gobiernos de la coalición de centro-izquierda, Concertación de partidos por la Democracia, lograron restablecer la democracia y superar muchos de estos enclaves. Realizaron grandes avances en materia

de desarrollo y superación de la pobreza, entre otras cosas, pero no lograron una democracia que rompiera con el sistema institucional y el modelo socio-económico heredados de la dictadura, es decir, la verdadera democracia del Bicentenario. En 2010 asume el primer gobierno de derecha en cincuenta años enfrentado a un dilema entre un proyecto conservador y uno tecnocrático empresarial que busca la despolitización de la sociedad y teniendo al frente una oposición que debe reconstruir políticamente el campo sociológico de centro-izquierda. Todo ello en una época en que las relaciones entre política y sociedad buscan redefinirse porque se ha roto la tradicional vinculación que las caracterizó durante cien años.

Así nuestra identidad constituida principalmente por la política lleva el sello de todos estos procesos, pero se redefine a partir de un nuevo contexto que se caracteriza principalmente por el debilitamiento de este papel vertebrador de la política. Surgen entonces nuevas fuentes de sentido para la vida personal y colectiva y se desagregan las categorías sociales, como las de clase o las ideológicas. Si bien esto favorece una mayor afirmación de las subjetividades personales, se producen tres grandes problemas:

Por un lado, ello se expresa en un creciente individualismo y segmentación social. Como hemos dicho, en gran parte los comportamientos colectivos estaban determinados en el siglo XX por la estructuración partidaria y por la pertenencia a las categorías socioeconómicas de clases sociales, de las que se extraían las valoraciones, las visiones de las cosas, los comportamientos. Hoy día hay un proceso de individualización y de pérdida de fuerza a la pertenencia a esas categorías. Me defino mucho más por mi trayectoria, por mi vida, por mis gustos, que por mi pertenencia a cualquier categoría, a lo más me identifico con mi familia o mi grupo más cercano y cerrado.

Por otro lado, esto se acompaña de un fenómeno de pérdida de solidaridad estructural que queda entregada sólo a manifestaciones coyunturales ante ciertas campañas o catástrofes. Todo lo cual se traduce, por último, en la pérdida de la idea de nación, de proyecto y comunidad nacionales. Si en otra época la política absorbió las

subjetividades, hoy tenemos subjetividades o identidades grupales abandonadas a sí mismas sin conciencia de pertenencia a una comunidad y su destino.

24 La cuestión central en la época del Bicentenario entonces es la reconstrucción de la comunidad nacional. Y ello nos vincula a una problemática que se da de diversas maneras en las otras sociedades latinoamericanas, muchas de las cuales viven también los bicentenarios de su independencia. Esta problemática podríamos definirla como la refundación de las relaciones Estado-sociedad, y ella se expresa en los ejemplos de las asambleas constituyentes, o el nuevo nombre de un país o la refundación de un estado multinacional, por cambio del nombre de un país, como en el caso venezolano, y la refundación de la nación, en el caso boliviano. Nosotros no escapamos a esto, con lo que volvemos al tema de nuestra inserción en América Latina como parte de nuestra reconstrucción como país. En ese sentido, la problemática de este Bicentenario no sólo es parecida a la del Centenario sino que es parecida a la de la Independencia y la creación de la República y sus relaciones.

Además de esta reinsertión en el bloque de naciones latinoamericanas en el mundo globalizado, la reconstrucción de la comunidad nacional pasa al menos por tres cuestiones. La primera es vivir un momento constitucional en que el país discuta su forma de organización y convivencia. No olvidemos que tenemos, único país en el mundo, una Constitución impuesta por, y heredada de, una dictadura. La Constitución del Bicentenario es una tarea pendiente. En segundo lugar, la superación de la desigualdad socioeconómica, una de las mayores de América Latina que nos convierte en un agregado de varios países en un mismo territorio, lo que supone redistribución

de la riqueza pero también de elementos simbólicos y del poder, lo que exige a su vez un Estado dirigente y redistribuidor. En tercer lugar, no hay país si no hay un consenso ético básico, lo que remite al término definitivo de la impunidad y a la justicia en todos los casos de violaciones de derechos humanos de la época dictatorial y al pleno imperio de tales derechos, a la dimensión ético cultural del reconocimiento de la diversidad étnica y regional del país y al ideal de igualdad socioeconómica.

Hasta ahora no se ha constituido un nuevo consenso nacional como fueron el proyecto industrializador de los años 30 del siglo pasado, o la transformación de las relaciones agrarias, el desarrollo o la revolución de los 60, o la recuperación democrática de fin de siglo pasado. Y eso porque no se ha dado el debate de lo que queremos ser como país, lo que en parte a su vez ocurre porque la idea misma de comunidad nacional se ha debilitado y transformado más bien en la suma de intereses, derechos y aspiraciones personales y de grupos particulares, y porque los poderes mediáticos y económicos, así como las instituciones heredadas, refuerzan el individualismo y la falta de una visión de país.

Si algún sentido tiene la política hoy es, a través de las dimensiones señaladas, reconstruir y proyectar una comunidad nacional, tanto en el aspecto físico, a lo que nos obliga el terremoto de febrero de 2010, como institucional, político y cultural. Ello, en el entendido que sin política no hay país, pero que hoy el país ya no puede definirse solamente desde la política. Y esta tarea colectiva definirá nuestra identidad entre las épocas del Bicentenario y del tercer centenario de nuestra vida independiente. ^{ch}